

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1951

Núm. 986

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

La última visión de Pilatos

Había recibido Tiberio una carta de Pilatos en que le daba cuenta de todo lo que había hecho en la acusación, sentencia, castigo y muerte de aquel varón extraordinario a quien los judíos llamaron Jesús de Galilea, y de quien el presidente sólo tenía noticias y datos a cual más favorables.

Extendíase en largas consideraciones acerca de la necesidad ineludible de entregar al pueblo de Jerusalén aquella víctima inocente para que las pasiones religiosas y políticas exacerbadas no pusieran en grave riesgo la dominación de Roma en aquel antiguo reino, donde todavía se conservaba fresca la memoria de los Macabeos.

Pilatos relataba a grandes rasgos la vida de Jesús, los prodigios que le atribuían y los extraños fenómenos que ocurrieron en el momento de expirar sobre la cruz: el eclipse, el terremoto y, según decían algunos, hasta la aparición de no pocos muertos a sus deudos y amigos.

El presidente no se refería para nada al sueño de su mujer Procla, y a la instancia con que ella le había pedido que de ningún modo entregase a la muerte a aquel Justo; pero en las últimas líneas de su carta advertíase gran inquietud y turbación de ánimo y deseo de ser trasladado al gobierno de otra provincia del Imperio.

Era evidente que a Pilatos no le agradaba ver el Pretorio, el balcón, el Calvario y los lugares donde en breves horas se había desarrollado una espantosa tragedia, cuyo origen no fue otro que la envidia de los fariseos y el odio estúpido de un pueblo corrompido y vil, en quien ni los beneficios ni los milagros eran parte a convencerle de que ya tenía en su seno al Anunciado por los profetas, al Esperado de las naciones.

Tiberio accedió a los deseos del gobernador de Palestina, pero escribiéndole, entre otras varias cosas, algo parecido a lo siguiente:

«Impropio es de tu devoción, ¡oh Poncio!, no adivinar que ese hombre que has entregado injusta y cobardemente a la muerte es un Dios. Quizá el mismo Júpiter ha querido probar,

sufriendo tus agravios, hasta donde llegaba la idiotez de un gobernador.

Todo lo que me dices de él sale de los límites de lo ordinario y natural; y aún entre los dioses, sin excluir al propio Jove, no ha habido nunca, que yo recuerde, quien haya llevado a la práctica de todas las virtudes a tan alto extremo, la castidad y la mansedumbre, sobre todo, que tanto escasearon siempre en el Olimpio. He ordenado que en mi palacio se le rinda culto, como a una de las divinidades superiores, y voy a proponer al Senado que lo admita también entre los dioses del imperio, aunque ha otorgado ya honores divinos a tal número de bribones, que no sé si se avendrá a otorgárselos a quien como Jesús de Galilea, ha hecho beneficios a todo el mundo, y para las pompas y grandezas de la tierra no ha tenido sino desprecios.

«En conformidad con tus deseos, he juzgado conveniente a los intereses de la República darte el gobierno de la España tarraconense, y pido a los dioses inmortales que no se someta ninguno de ellos, bajo forma humana, al fallo de tu justicia, porque seguramente lo pasaría muy mal.—Vale».

En efecto, Pilatos tomó posesión de su nuevo gobierno. Instalóse en el severo y fortísimo palacio que aún hoy mismo se levanta sobre una roca, lamida constantemente por el mar latino y se dió con ardor febril a idear nuevas obras que embelleciesen la ciudad & fertilizasen sus campos, como si en el movimiento incesante de su espíritu y de su cuerpo quisiera diluir algo que le atormentaba la conciencia y le robaba muchas noches el sueño.

No lo conseguía, sin embargo. En medio del torbellino de sus proyectos en el tráfigo de sus negocios que él mismo se procuraba con un afán y un interés que era asombro y admiración de sus propios subordinados, de su imaginación no se apartaba un momento la figura majestuosa de Jesús, cuando le habló de la Verdad; el escarnio y el horror de su cuerpo cuando vestido de púrpura irrisoria, con una corona hecha de puntas de espinas y

un cayado por cetro, chorreando sangre y tiritando de frío de la calentura producida por las horrendas llagas de su espalda azotada, hubo de presentarlo él, Pilatos, gobernador de Judea y representante del César romano, a un pueblo versátil y embrutecido, que pocos días antes del Calvario había recibido con palmas y ramos de olivo y bendiciones y vítores al que llegaba en nombre del Señor... y luego la cruz, bajo cuyo peso se encorvaba y caía; la cruz que más tarde se elevaba en el Calvario, con todos los espantos de la crueldad y de la ignominia.

No eran los placeres más eficaces que los proyectos y negocios del gobierno para divertir el ánimo de Pilatos. Bajaba de su palacio al circo a presenciar las luchas de los gladiadores y de las fieras, recorría las villas que hermozeaban la campiña y donde los opulentos ciudadanos solían ofrecer a sus amigos banquetes espléndidos con damas y cánticos de hermosas esclavas traídas de las orillas del Betis; embarcábase en su preciosa nave que el había mandado construir con cedros del Líbano y habíala decorado con mullidos cojines de Oriente, telas de Persia y velamen de la misma púrpura de Tiro, que usaban los emperadores para su manto... Todo inútil... La figura de Jesús cuando le interrogaba; la figura de Jesús cuando le presentó al pueblo; la figura de Jesús marchando al suplicio con la cruz sobre los hombros; la figura de Jesús en lo alto de la cruz... La cruz, la terrible cruz... A todas horas y en todos los momentos del día y de la noche, la imaginación de Pilatos estaba llena de estos recuerdos aterradores.

Decíase él a veces, revolviéndose en su lecho, como si le atormentaran con las mismas espinas que sus soldados habían embutido a golpes en la santa cabeza del Redentor:

—¿Pero no hice cuanto pude por evitar aquel crimen? ¿No ofrecí al bárbaro pueblo hierosolimitano la sangre impura de Barrabás en lugar de la sangre inocente de Jesús de Galilea? ¿No me lavé, por fin las manos para que nunca se me imputase la injusticia cometida?

Repetíase estas y otras razones: reforzábales con el testimonio de los mismos judíos cuando exclamaron: ¡Que su sangre caiga sobre nosotros y

nuestros hijos...! Pero en vano. Cristo y la cruz parecían grabados en la retina de sus ojos. Ahí los veía siempre, a la luz del día, entre las tinieblas de la noche, en las brumas de la mañana, en las tibias fulguraciones de la tarde, en la tierra, en el mar, en los aires, en los cielos. Era imposible huir de tales visiones y fantasmas. Abiertos o cerrados sus ojos, los veían constantemente.

¡Qué rostro el de Jesús! ¡Qué mirada la suya! Y sobre todo ¡que voz!

Pilatos la escuchaba aún con pasmo y terror de su corazón.

¿Sería verdad, como dijeron entonces, que aquella voz había resucitado a Lazaro?

Del poder que se traslucía en aquella voz todo era creíble. También aseguraron que al prenderle en el huerto cayeron al suelo muchos de sus perseguidores por oírle decir sencillamente: *Yo soy*.

Con estas cosas la vida de Pilatos había llegado a ser insoportable.

Determinó, por fin, no salir de su palacio, abandonando negocios, proyectos, diversiones, amigos y cuanto hasta entonces había él buscado con empeño para distraerse.

Despachaba lo más perentorio, y luego se encerraba en un camarín, desde donde la vista se perdía en la inmensa planicie del Mediterráneo, ordinariamente tan quieto y tan sosegado como el lago de Tiberiades.

Hacíase llevar allí mismo el alimento, que cada día era más escaso, y luego, reclinado en un lecho, junto a la ventana, pasábase, las horas contemplando el mar, hacia oriente, hacia Palestina... teniendo, eso sí, ante sus ojos amortecidos la figura de Jesús y el instrumento horrible de su suplicio.

Por la noche rendíale el cansancio de su espíritu, y algunas horas quedaba como traspuesto. Pero no era sueño reparador el que caía sobre sus párpados. Entonces cabalmente se presentaban a su fantasía, con mayor viveza y más aterradora confusión, las escenas del sangriento drama en el que él había representado papel tan despreciable.

Oía las risotadas salvajes y las blasfemias de los que azotaban al Galileo; las voces del pueblo frenético, que decía: ¡Crucifícale, crucifícale! Veía a la misma turba recibir a Barrabás con transportes de júbilo, porque había sido puesto en libertad... Veía a lo lejos a Jesús; marchando con paso vacilante y dejando rastro de sangre en el camino, sostenida la cruz en el hombro derecho y sujetándola él con las manos para que no se ladease y cayese... Veíale luego estremecerse, tropezar y caer bajo el pesado madero que le hería en la cabeza, clavándole de nuevo las espinas que habían quedado entre sus cabellos, que formaban una madeja compacta con los coágulos de sangre... ¡Después el Calvario...! ¡La crucifixión...! El Justo estaba allí clavado de pies y manos... Pero de aquellos labios amoratados y secos aún salían palabras misteriosas, palabras de perdón... ¿Para quién? Para el bandido Dimas,

para el soldado Longinos, para el Centurión, para los sayones, para muchos de los que habían tomado parte en el crimen... ¿Y para Pilatos?

Convulso y fatigoso, despertábase en la oscuridad de la noche, se arrojaba del lecho, abría la ventana, aspiraba con ansia las oleadas de aire que subían del mar entre murmullos y ondulaciones sonoras, y clavaba sus ojos hundidos y espantados en las lejanías del horizonte.

Así estaba una de las noches en que la luna, después de haber plateado las aguas y dibujado, como un lienzo el perfil de la costa, se escondía detrás de unas nubes espesas y oscuras que habían llegado de Poniente y amenazaban cubrir toda la extensión del hermoso cielo levantino.

Pilatos no se movía de la ventana. A pesar de las tinieblas, sus ojos seguían fijos en el horizonte, allí donde el agua y el aire parecían una cosa misma, y no eran en aquel momento sino sombra y negrura como de abismo insondable.

De pronto, Pilatos creyó ver sobre las aguas una luz fosforescente que flotaba y se movía hacia tierra. ¿Quizá la estela de alguna nave?

Pilatos seguía mirando con atención profunda. La luz flotante se iba haciendo cada vez más perceptible; se acercaba, y se acercaba resueltamente en dirección al acantilado del palacio.

La luz tomaba forma. Ya se advertía que era una ancha línea vertical. Poco a poco, a medida que avanzaba, veíase que de la parte superior de la línea iban saliendo como dos brazos... Pilatos sintió como un estremecimiento en todo su ser; un largo escalofrío recorrió su espalda, y el corto y áspero cabello de su cráneo se endurecía como las puntas de un erizo.

No; no cabía duda; aquello que flotaba y resplandecía en el mar y que iba acercándose... ¡era una cruz!

Pilatos se llevó la mano a los ojos y se los restregó con fuerza, creyendo que era todo alucinación de su espíritu conturbado por el remordimiento y el insomnio.

Volvió a abrirlos... La cruz estaba mucho más cerca, a pocas brazadas de la orilla, y, siguiendo el suave balanceo del agua, parecía a veces que iba a ponerse en pie... Entonces vio otra cosa: de los brazos de la cruz pendía una cuerda, y al extremo de de ella, sujeto por el cuello, el cadáver de un hombre que flotaba también como la cruz, y seguía sus ondulaciones y movimientos.

Pilatos abrió desmesuradamente los ojos. Ya no quería cerrarlos; quería ver el rostro del cadáver, reconocer el hombre ahorcado que la luz luminosa arrastraba hasta el pie de los muros de su palacio... Y le vio y le reconoció... ¡Era Judas, Judas el traidor, el suicida, aquel de quien el mismo Jesucristo había dicho: ¡Valiérate más no haber nacido!

Pilatos, en el colmo del terror, no se dió cuenta ya de sí...

Abrió la puerta de su camarín y se

lanzó por la estrecha escalera que conducía al postigo por donde se salía a la plaza del acantilado.

A los pocos momentos Pilatos estaba allí, erguido, en el extremo de la roca, con los brazos en alto y las manos crispadas, mirando fijamente el rostro del cadáver atado a la cruz...

El rostro parecía animarse: la boca se movió; los labios pronunciaron una palabra que llegó distintamente a los oídos de Pilatos: ¡Ven!

Pilatos no vaciló, y un instante después las aguas se abrían para dar paso al cadáver de un hombre despeñado.

La cruz volvió atrás, internándose en dirección de Oriente, pero arrastrando dos cadáveres.

El de Judas tenía fuertemente abrazado al de Pilatos, y los labios del apóstol traidor se posaban sobre la mejilla del juez cobarde...

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La resurrección de Jesús de Nazaret, al tercer día de su muerte, tal como había sido predicha por El mismo, habíase realizado.

Con este hecho quedaba demostrada la divinidad del Maestro y la gran verdad de su doctrina.

Toda su vida pública era una manifestación cierta de su personalidad. Su pasión y muerte, fueron tan extraordinarias que conmovieron los cimientos de toda una civilización.

La doctrina de Cristo quedaba confirmada.

Desde entonces una norma de vida está escrita y nos señala el camino de la salvación.

La doctrina es magnífica.

Toda ella nos habla de amor y de felicidad. Siguiendo todos sus principios reinará la paz sobre la tierra.

El amor al prójimo, la caridad, la preocupación por los dolores e inquietudes ajenas, la ayuda a nuestros semejantes, el cumplimiento fiel de los mandamientos de Dios, todas estas normas, acatadas por la humanidad, harán felices a los hombres.

¿Son muchos o pocos quienes las llevan a la práctica?

Eso no podremos nosotros decirlo, sino Dios que lo ve todo y sabe de muchas intenciones, de muchas obras ocultas, de muchas caridades ignoradas, de mucha modestia oculta a los aplausos de quienes nos rodean.

Resulta absurdo, ridículo e incomprensible, la actitud de quienes nada quieren con los principios evangélicos, que reconocen excelentes y admirables, porque algunos que ellos conocen no los practican y se llaman católicos, siendo así que deberían de dar el ejemplo, como si tuviera algo que ver su vida particular con las vidas ajenas.

Procure cada uno vivir su vida pública y privada respetando los mandamientos, y adaptando su actividad diaria a las normas

que Jesús de Nazaret, fué enseñando a través de su vida entre los hombres y desprecupémonos de lo que hacen los demás, que para obrar bien no precisamos que lo hagan aquella o la otra persona, sinó cada uno de nosotros independientemente.

Aunque el mal ejemplo nos rodee, aunque quienes vistiendo hábito religioso nos escandalice, aunque los gobiernos o representantes de un gobierno católico oficialmente, nos den mal ejemplo, a pesar de toda la inmoralidad que nos ahoga y nos rodea, nosotros, individualmente, adaptemos nuestra vida a los santos principios evangélicos, es tal vez, de lo único que al final de nuestra vida no nos arrepentiremos y sí nos hará muy amarga aquella hora, si con nuestras inmoralidades de todo género nos encontramos ante las puertas de la otra vida, con algo que no podemos devolver o reparar. Será entonces extraordinaria nuestra inquietud, desesperante nuestro arrepentimiento insatisfecho, muy dudosa nuestra situación ante el problema de la justicia de Dios.

Unos bienes mal adquiridos, una honra arrancada que jamás puede ya repararse, un daño ocasionado por nuestra maldad o cualquier otro mal ocasionado a nuestro prójimo o a nosotros mismos, en aquella hora suprema habrá de ser horrible y desesperante, como un anticipo de la inquietud y dolor eterno que nos espera.

Es más fácil vivir bien y honradamente y no dejarse llevar por los pecados del mundo.

Una vida adaptada a los principios predicados por Jesús de Nazaret, nos hace más felices y más optimistas ante los problemas que el mundo nos va planteando continuamente.

La vida es más fácil y la conciencia nos lo va diciendo.

Y el Maestro le contestó: "Tú sígueme a Mí".

R.

EL RAPTO del GRILLO

La noticia se corrió inmediatamente por todo el bosque. El grillo aquel tan alegre y cantarín había desaparecido.

Uno de los grillos más jóvenes se acercó a otro de su misma edad, y le preguntó muy preocupado.

—¿Lo viste tú?

—¿Cuál?

—El rapto del grillo alegre y cantarín.

—Sí, y aún conservo en mi imaginación, como terrible pesadilla, la trágica escena. Era al atardecer... El sol ya estaba a punto de ocultarse... ¡La hora mejor para cantar!... Todos los grillos del bosque comenzamos a hacer vibrar alegremente nuestros élitros: «¡Cri, cri, cri...!» Pero cuando nuestra música era más animada, por el sendero que conduce al pinar apareció un hombre. Le llaman el rey de la creación. Andaba despacio y con sumo cuidado, por no hacer ruido... Parecía un ladrón que se disponía a robar algo. Nosotros, a pesar de haber recibido del Creador buen oído seguimos cantan-

do, unos por ligereza, otros por vanidad, Nuestros élitros vibraban maravillosamente: «¡Cri, cri, cri...!» El hombre se detuvo. clavó los ojos en la cueva de nuestro desgraciado compañero, y exclamó: «¡Este sí que no se me val!» Nuestro compañero cayó al oírle, pero ya era tarde.. El rey de la creación se inclinó sobre la cueva, cortó una paja muy larga y comenzó a hurgar. Tuve tentación de gritarle a mi compañero diciéndole que no saliese, pero no me atreví... Fui egoísta lo reconozco; pero antes que caer en manos del rey de la creación, preferí callarme y salvar mi vida, ya que no podía salvar la de mi compañero. Como pude, salí de mi cueva... Me horrorizaba pensar que el hombre se fijase en ella, y me escondí debajo de una rama de tomillo. Desde tan improvisado mirador presencié la escena. El hombre hurgaba insistentemente con la paja en la cueva de nuestro compañero, que lo debió de pasar muy mal... El pobre resistió hasta lo indecible; pero, al fin, no pudiendo soportar tanta tortura, salió de su cueva. Yo me tapé los ojos para no ver más, pero no los oídos, por lo que pude enterarme de cuanto dijo el hombre. «Este ya cayó», gritó el rey de la creación con aire de triunfo, y cogiendo con sus dedos a nuestro infeliz compañero lo encerró en una caja de cartón. El hombre, contento con su presa, se volvió a su casa.

—¿Y qué le sucedió al grillo después?

—Por una verdadera casualidad hemos llegado a saberlo.

—¿Algún servicio de espionaje?

—No, más sencillo. Nuestro compañero logró escapar con vida de la casa del hombre, y ha contado para general escarmiento, todo lo que le sucedió.

—Me gustaría oírlo de sus labios.

—Ayer estuvimos unos cuantos grillos a felicitarle por su regreso y, entre otras cosas, nos dijo que jamás volvería a construir su cueva junto a ningún camino o sendero. La que tiene ahora está en lo más escondido del bosque, y nos han asegurado que en ella piensa morir de viejo.

—¿Por qué no me acompañas hasta su cueva?

—Si quieres, lo haré con sumo gusto.

Dando saltitos entre piedras y ramaje llegaron los dos grillos a la cueva del grillo exprisionero. Este les recibió con mucha alegría, y, después de los primeros saludos, habló así a sus visitantes:

—Lo que más me horrorizó, en el transcurso de mi tragedia, fué el momento en que el hombre me cogió entre sus dedos. Temí perder el sentido... De tal forma me apretó el abdomen, que creí reventar. Al principio hice esfuerzos por salvarme de aquellos garfios; pero pronto me convencí que todo era inútil y opté por resignarme a mi mala suerte.

Después de esta primera tortura me metió en una caja de cartón en cuya cubierta había unos pequeños orificios a través de los cuales yo veía la luz del sol y podía respirar. Durante el camino que a mí me pareció larguísimo, fuí callado como un muerto... ¿Cómo había de cantar si había perdido lo más agradable que el Creador nos ha dado: la libertad?

Llegamos a la casa del hombre, que por

cierto era muy bonita. Dando gritos de alegría salieron a recibirle sus hijos.

—Os traigo un grillo—dijo el hombre.

—A verlo, a verlo—gritaron los niños.

El hombre, con sumo cuidado, levantó la tapa de la caja y me enseñó a sus hijos. Yo estaba en un rincón de la caja completamente acobardado. Pude saltar en en aquel momento; pero, ¿para qué?. Esta imprudencia tal vez me hubiera costado la vida. Seguí, pues, acorralado en mi rincón y así permanecí toda la noche.

Al día siguiente el hombre me sacó de la caja y me metió en una jaula, toda ella rodeada de barrotes de hierro, ¡como si yo fuera un animal dañino!, y me colocó en el balcón a ver si cantaba. En honor a la verdad he de decir que durante todo el tiempo de mi prisión no me faltó nunca una hoja de lechuga fresca.

Pero la gran ilusión del hombre y de sus hijos era oírme cantar; para eso me había hecho prisionero. Mas ¿cómo iba yo a cantar, si a pesar de aquellos cuidados, no era feliz?

Al día tercero de mi estancia en casa del hombre oí que uno de los niños dijo:

—Oye, papá: debe ser grilla, pues ya lleva tres días con nosotros y no canta.

Figuraos la vergüenza que me pasé al oír semejante insulto; pero sufrí pacientemente la humillación, con la esperanza de recuperar mi libertad. Si canto, me dije, estoy perdido. Prefiero pasar por grilla con tal de volver a ser libre.

El día suspirado llegó. En vista de que no cantaba cuadió entre mis señores la idea de que yo era grilla, y que, por tanto era inútil enmerme en casa. El hombre, dijo que me mataría dándome un pisotón.

Cuando yo oí esto creí enloquecer. Estuve a punto de cantar para salvarme la vida, pero recordé que nunca es buena la precipitación, y esperé con serenidad los acontecimientos. El cantar siempre estaba en mi mano; lo haría a última hora, cuando viese sobre mí el zapato criminal.

—¿Qué hacemos con la grilla? preguntó uno de los niños.

—Pues qué vamos hacer—volvió a repetir el hombre—, matarla. ¿Para qué la queremos si no canta?

—No, matarla, no—suplicó entonces la única hija, una nena guapísima—Es mejor echarla al monte. ¡Pobrecita! ¡Qué culpa tiene ella de no saber cantar!

—Bueno pues tu te encargas de hacerlo—terminó diciendo el padre.

La niña abrió cuidadosamente la jaula y me cogió entre sus tiernos deditos.

Yo no pude disimular mi alegría...

Por un sendero estrecho que llevaba a un prado fué caminando mi bienhechora, llevándome encerrado en la palma de su manecita. Yo iba asfixiado de calor. Por fin, mi cariñosa libertadora se detuvo ante un prado esmaltado de flores, y antes de soltarme me hizo esta ingenua recomendación.

—¿Ves tonta? Si hubieras sido grillo estarías en mi casa y nada te faltaría. Adios y que no te vuelvas a dejar coger.

Abrió la mano, y yo di un salto, el más feliz de mi vida! Mi bienhechora se inclinó para cortar unas clavelinas, y fué entonces cuando yo comencé a cantar: «¡Cri, cri, cri...!»

La niña, abriendo desmesuradamente los ojos, exclamó:

—¡Pero si era grillo! ¡Se conoce que no estaba contento en la jaula!...

Yo seguí cantando y tratando de hacer comprender a mi cariñosa salvadora que en el mundo nada hay comparable con el don divino de la libertad.

P. Silverio de ZORITA.
O. F. M. Cap.

Comentando

EL SUSTITUTO

El sustituto es una imposición de los tiempos modernos. La situación especial que los acontecimientos de toda índole prepararon al mundo, hizo no solamente posibles, si no que también necesarios los sustitutos, más vulgarmente llamados sustitutivos o sucedáneos. Así, el café tiene el suyo o los suyos; el aceite, ídem; que ídem; las telas lo mismo, y lo mismo casi la totalidad de los artículos.

Esta es la razón de que "mis" artículos tengan también su sucedáneo o sustituto. Algunos lectores se me acercaron en estos últimos tiempos que disfrutamos a preguntarme la razón de que haya sido sustituido. Y no es otra que la costumbre rutinaria impuesta por la vida actual. Esa es la moda y se ha corrido también a los artículos periodísticos más o menos literarios.

Claro que hay una diferencia de fácil apreciación. Por lo general, casi diríamos que en todos los casos, los sucedáneos no alcanzan ni la perfección ni la calidad, ni la fama del artículo que suplen. El malte, el maíz, la algarroba, etc., no "saben" a

café, ni se lo parecen. Se les tolera "a la fuerza", en la certeza de que no se puede encontrar el café, y de encontrarlo será a precios estratosféricos. Y, quizás, también con la esperanza de que el "hervido" que se toma hará saborear mejor el buen café cuando lo haya. Y quizás con la añoranza que, cerrando los ojos, nos hace paladear con la imaginación aquél nectar delicioso desconocido para los menores de veinte años.

En el caso del sucedáneo de mis artículos, pasa lo diametralmente opuesto. Cuando el piadoso lector tiene a bien ejercitar su paciencia leyendo mis deshilvanadas líneas, se acuerda del sucedáneo, pero no para añorar mis cosas, sino más bien para apiadarse de este pobre pecador. En este caso me encuentro yo desapasionadamente. Leo lo mío y me parece labor de sucedáneo, si lo comparo con los demás. No se le llame humildad ni mucho menos, a esta postura mía. Creo que no soy el único que siente esta sensación en sus escritos. Pemán, en un artículo publicado no sé cuando y no sé donde, decía, ya hace muchos años, que lo propio no gusta porque de antemano nos es conocido. Quizás esta sea la razón de muchas cosas que nos parecen inexplicables. Y quizás, siendo benévolo con uno mismo, piense que esta aserción del Maestro sea cierta. Pero esto no obsta para que me guste más lo de otros que lo propio.

Lo que no sé es el parecer del lector. No niego que se me pregunta, que se me escribe, que se me llama por teléfono en ocasiones. Pero todo esto no sirve para cegarme en un egoísmo inútil y estéril. La vanidad y el amor propio (que quizás existan en mí como en el que más) me parecen absurdos si solo sirven para des-

preciar lo bueno por ensalzar lo de uno. El decir que gusta lo de los otros no significa el desprecio de la obra propia, a la que tenemos que dar todo el valor de su gestación y de su acierto.

Quizás esto explique un modo particular de ver las cosas, pero a mi me va muy bien porque, sin dejar de disfrutar de lo mío, encuentro deleite en lo de los demás. Me parecen, en el peor de los casos, los sucedáneos iguales o superiores al original.

HERO

Almacenes

Arbués

Materiales
de
Construcción

Covadonga, 27 (esquina al parque infantil)

Teléfono 18-17 - GIJON

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Máquinas de coser y bordar

“ALEFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina
Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)